

# **Keynes, o el capitalismo sin capital**

**Axel Kicillof**

(Enero de 2002)

VIII JEC de VALLADOLID

Área: Fundamentos de Economía Crítica y Pensamiento Económico

Coordinación:

Julio Sánchez Choliz [jsanchez@posta.unizar.es](mailto:jsanchez@posta.unizar.es)

Diego Guerrero Jiménez [diego.guerrero@cps.ucm.es](mailto:diego.guerrero@cps.ucm.es)

# **Keynes, o el capitalismo sin capital**

**Axel Kicillof**

## **Introducción**

Me propuse escribir este trabajo algún tiempo antes de que el formidable estallido de la crisis en la Argentina nos convierta a todos aquí en improvisados combatientes y corresponsales de guerra, restando ocasión para la reflexión teórica. Sin embargo son esas mismas circunstancias las que le dan nueva vigencia a estas viejas discusiones. Y les agrega el dramatismo de la urgencia.

Como hongos después del chaparrón, las ideas de cuño keynesiano vuelven a florecer ante el improvisado desbande del pensamiento liberal, ante la imposibilidad de disimular el estrepitoso fracaso de sus “recetas”. Lo curioso es que esta fiebre se extiende de uno y otro lado de las trincheras, en una poco feliz coincidencia. En efecto, Keynes recupera su pedestal como ortodoxia en los círculos académicos, en las juntas empresariales, en los partidos políticos tradicionales. Pero también conquista voluntades entre las filas de los representantes sindicales y políticos de la clase obrera.

Lo cierto es que detrás de las más diversas propuestas que pretenden encarnar la defensa de la clase trabajadora en contra de los intereses del sector financiero, los monopolios, las transnacionales, los organismos multilaterales de crédito, se deja entrever la inspiración de la musa keynesiana. La versión más vulgar y a la vez más difundida este discurso promete la salvación siempre y cuando el estado recobre su papel protagónico favoreciendo al capital productivo, incrementando el gasto, mejorando la distribución del ingreso, en lugar de ocupar un papel vergonzante y corrupto como agente de la rapiña especulativa.

El presente trabajo tiene por objeto poner de manifiesto el carácter ilusorio de estas propuestas. Como ocurriera en los orígenes mismos del régimen capitalista con el pensamiento socialista precientífico, todas estas construcciones tienen su origen en una representación de la sociedad que se detiene ante sus apariencias más o menos

inmediatas, pasando por alto aquello que tiene de específico la forma social actual. De este modo no puede llegarse a otro resultado que al de tomar uno u otro aspecto del régimen capitalista como eterno. La crítica de la sociedad se funda entonces en consideraciones éticas; las posibilidades de su superación reposa en la fuerza moral de los militantes y el boceto de la sociedad por venir se dibuja en la cabeza de algún teórico trasnochado, rebosante de buenas intenciones.

La crítica de la economía política parte en cambio de la certeza de que “si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y circulación para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas” (Marx, 1989a) , y es por eso que se aboca a la tarea científica de comprender el presente sin detenerse ante sus formas aparienciales: la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento.

Se sostiene aquí que el origen de estas falsas esperanzas está siempre sostenido por una representación equivocada de las formas sociales. Encontrar la conexión entre las “recomendaciones de política” de Keynes y sus ideas acerca de la naturaleza de la sociedad capitalista no es tarea sencilla. En la economía política, incluso en la economía vulgar marginalista, la vocación apologética salta a la vista casi de inmediato cuando se definen las categorías más abstractas. En su obra principal Keynes se muestra esquivo; en lugar de partir de las categorías más elementales para luego representar el movimiento del capital social emprende su camino en la dirección inversa. Cuando llega al valor, a la mercancía, al dinero, al capital, el nexo se ha perdido en una maraña de confusiones. A punto tal es así, que muy pocos se tomaron seriamente estos incómodos desarrollos. Muchas de sus ideas cayeron directamente en el olvido, mientras otras eran rescatadas de forma fragmentaria y por completo separadas del resto de la teoría.

Aquí partiremos de la base que estos polémicos desarrollos no son arbitrarios desatinos de un economista ecléctico, sino que existe una conexión de mutua necesidad entre las categorías elementales y las formulaciones más conocidas de la Teoría General. Se trata entonces de reconstruir este vínculo. Al hacerlo, sale a la superficie la raíz utópica del pensamiento de Keynes. A esta tarea dedicaremos el segundo apartado.

La turbulenta historia de la acumulación capitalista presentó distintos rostros a lo largo del tiempo. Los momentos de marcha normal se vieron sistemáticamente interrumpidos por crisis más o menos profundas. A cada paso estas sacudidas adoptaron formas políticas particulares. El apogeo del *laissez faire* fue seguido por la irrupción de las políticas intervencionistas de la segunda posguerra, sólo para que más adelante el estado se retirara nuevamente de la acción económica directa. En el campo de las doctrinas, la secuencia liberalismo, keynesianismo, neoliberalismo acompañó *pari passu* las correspondientes etapas<sup>1</sup>. Y otro tanto puede decirse del avance en las condiciones de vida de la clase obrera, en su grado de combatividad, organización y lucha. En el primer apartado se expondrán las interpretaciones más habituales en la literatura acerca de la relación entre estos diversos momentos de un mismo proceso.

En la sección final se señalarán las causas y efectos de la separación establecida por Keynes entre micro y macroeconomía. Tanto para la economía política clásica como para su crítica esta distinción resulta artificial y ajena, no obstante lo cual fue asumida como natural tanto por el mainstream (que se beneficia con ella) como por las escuelas heterodoxas (que al adoptarla se empobrecen).

## **I. Espíritu, crisis, lucha: en busca del motor de la historia.**

Mi investigación desembocó en el resultado de que tanto las condiciones jurídicas como las formas políticas no podían comprenderse por sí mismas ni a partir de lo que ha dado en llamarse el desarrollo general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida ... el régimen de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual

Marx

El economista académico y el profesional, el periodista y el sociólogo, el hombre común y el político, difícilmente escapan a interpretaciones de la historia que son sin duda representaciones de raíz idealista. Echan mano de ellas casi instintivamente, sirven de base para su acción y, en parte, contribuyen a dar sentido a

---

<sup>1</sup> No se pretende dotar de un carácter absoluto -del que carecen- a estas doctrinas. No hay motivo para que en el futuro conserven su lugar como expresiones ideológicas únicas y definitivas de cada pasaje del

sus vidas. La explicación predilecta para dar cuenta del éxito de las ideas (y políticas) keynesianas por sobre las liberales, o viceversa, se basa en la superioridad lógica o conceptual de unas sobre otras. Son las ideas las que en definitiva moldean al mundo mediante un proceso que consiste en el reemplazo de teorías erróneas por otras más acertadas.

Este duelo de doctrinas tiene su refugio privilegiado en los reductos de la academia, en los que el fuego de la discusión se mantiene vivo. Los subsidios, cátedras, empresas editoriales, programas de estudio premian ora a un bando, ora al otro. Mientras tanto cada uno señala virtudes propias y defectos ajenos, usando como munición la consistencia lógica, la autenticidad de los supuestos, la falta generalidad en el análisis. Finalmente la realidad es la que zanja la disputa, elevando a la función pública y a las primeras planas de los matutinos a los que hasta hace poco renegaban en sus cuarteles de invierno. Para el perdedor de turno siempre queda como consuelo atribuir el fracaso más a la torpeza del cocinero que a la mala calidad de la receta<sup>2</sup>: las teorías eran correctas, lo que falló fue su aplicación.

Sin embargo incluso el más inconciente de los defensores de una u otra teoría sospecha que por detrás de esta puja entre ideas existe un movimiento más profundo que en última instancia determina su suerte. Desde Smith a esta parte el pensamiento económico marchó a la zaga de las transformaciones en la sociedad. El caso de Keynes es una ilustración clara de esta relación; el New Deal debió esperar algunos años hasta que la Teoría General le diera legitimidad teórica, pero no perdió ni un minuto en esperararla antes de ponerse manos a la obra.

Frente a esta explicación basada en la puja científica entre ideas que se aproximan cada vez más a la verdad, se alzan otras que se presentan como su contracara crítica. Una de ellas, que cosechó no pocos adeptos, atribuye los avances y retrocesos en

---

proceso de acumulación de capital, aunque en el transcurso de los últimos dos siglos, hasta cierto punto, se hayan entronizado como tales.

<sup>2</sup> Más patético es observar a los que en lugar de mantener sus “convicciones” cambian de disfraz tan pronto como se ve soplar nuevos vientos. En los países centrales la Academia nos ahorra este espectáculo manteniendo en reserva al equipo contrario, presto a salir a la cancha ni bien se requieran sus servicios. En el mundo atrasado los recursos no siempre dan para tanto. Recientemente la Argentina fue testigo de esta clase de travestismo en la persona de un (tristemente célebre) ministro de economía que de un día para otro abjuró de su religión ortodoxa para abrazar públicamente al keynesianismo con menos devoción que descaro. Después tuvo que escapar por la azotea, supongo que a esa altura sin disfraces.

la condición de vida de los trabajadores a una mera disputa que transcurre no ya en el campo de las teorías sino en las arenas de la política. El conflicto se establece entre fuerzas reales contrapuestas. El retroceso y avance en las condiciones de vida de los trabajadores, el despliegue y repliegue del estado de bienestar refleja el grado de poder y efectividad concentrado en cada uno de los polos. Aquí los actores no son los libros sino las distintas fracciones de la burguesía (financiera o productiva, nacional o extranjera), sus expresiones en el sistema de los partidos políticos y la clase obrera organizada (para ver una aplicación reciente de esta interpretación para el caso de la Argentina: Basualdo, 2002). Se abre una gama de lecturas más o menos conspirativas, pero siempre novelescas, en las que no faltan la intriga, el soborno, los errores tácticos y estratégicos, los cambios de bando. En general el retroceso de los trabajadores tiene como causa principal, sino única, la derrota política por la vía de la represión reaccionaria o la miserable traición de la dirigencia.

Una variante a esta última visión pretende calar más hondo en la naturaleza del modo de producción capitalista, llegando hasta el hueso mismo de su estructura interna. Las peripecias por las que atraviesa el capitalismo son el resultado de un enfrentamiento, algunas veces subterráneo, otras a cielo abierto, entre el capital y el trabajo (Negri, 1994; De Angelis, 1997a y 1997b, Holloway). El poder del trabajo deriva de la capacidad de los explotados para resistir la explotación, de ahí también su autonomía, su existencia “en y contra” el capital (una crítica a esta postura se encuentra en Kicillof, 2000b). Tanto las manifestaciones económicas de la acumulación de capital como las formas políticas para contener a la clase obrera expresan otros tantos momentos y estados de esta permanente lucha de clases.

Por último están quienes consideran cada cambio como una respuesta del régimen capitalista a la crisis económica. Su versión más sistemática distingue entre sucesivos regímenes de acumulación con distintos atributos en cuanto a las técnicas productivas, el comportamiento del estado, las relaciones dinerarias, etc. (el aporte fundacional es el de Aglietta, 1991). Cada etapa pone en marcha nuevas *formas de regulación* sólo para tropezar tarde o temprano con su límite, desencadenando una nueva crisis. Cada autor de esta corriente pone especial énfasis en alguno de estos aspectos parciales, que con el correr del tiempo ganaron entidad independiente.

Todas estas perspectivas, tanto la apologética como las que se consideran críticas parten del análisis de las formas políticas e ideológicas para luego asociar sus transformaciones a los cambios en distintos aspectos del proceso de acumulación de capital. En nuestra opinión, para dar cuenta de estas transformaciones confluyentes es menester analizar “el cambio en las condiciones técnicas del proceso material de producción para desarrollar sobre su base la necesidad del cambio en las formas ideológicas y políticas” (Iñigo, 2000b). El punto de partida no puede ser otro que las condiciones materiales de vida de la sociedad<sup>3</sup>.

## II. El mundo según Keynes

La trascendencia de la obra de Keynes es indiscutible. Su Teoría General tal vez sea el libro de teoría económica más influyente del siglo. Así y todo se trata de un texto sospechosamente poco recurrido. Incluso en la época en que, al decir de Nixon, todos eran keynesianos, su lectura directa no era ni habitual ni recomendada. Hoy es difícil encontrar siquiera a algún economista de mediana edad que lo haya leído completo. En la formación académica de los economistas fue casi unánimemente reemplazado por libros de texto, obras de divulgación y literatura secundaria propia de la llamada síntesis neoclásica.

Se ensayaron múltiples explicaciones para el enigma de este libro olvidado prácticamente al momento mismo de su nacimiento. Poco riguroso, inconsistente, mal escrito, disparatado o directamente inservible. Por nuestra parte, sin cuestionar algunos de esos atributos, consideramos adecuado agregar a la lista uno que revela mejor el verdadero motivo de su abandono por parte de las ortodoxias: incómodo. En los últimos capítulos de la Teoría General, prácticamente sepultados por la profesión, Keynes esboza su proyecto de sociedad futura. La aparente ausencia de un hilo conductor que establezca una unidad entre esta propuesta con la parte del pensamiento keynesiano que

---

<sup>3</sup> Un desarrollo desde esta perspectiva puede encontrarse en Iñigo 2000b. Las necesidades propias del proceso de acumulación de capital que bajo la forma de la producción de plusvalía relativa exige la continua transformación en la materialidad del proceso de trabajo son las que determinan las formas políticas específicas que se presentan genéricamente como “estado benefactor keynesiano”. En la primera parte del siglo XX, para alcanzar la escala adecuada para competir en el mercado mundial en algunos países el capital se centraliza –en mayor o menor medida– como propiedad del estado. Al mismo tiempo la producción de la subjetividad propia del obrero a cargo de la maquinaria se universaliza, resultando más conveniente ponerla directamente en manos del capital social en lugar de quedar a cargo de cada

rescató el mainstream es lo que facilitó el ejercicio de esta memoria selectiva. La reconstrucción del puente los une nos llevará desde las ideas más familiares de la Teoría General hacia las oscuras regiones en las que Keynes se enfrenta a las categorías básicas de la Economía Política.

## II.1. Desempleo: del salario a la inversión

El punto de arranque<sup>4</sup> de la Teoría General apunta directamente a la cuestión más sensible en la época en la que la obra vio la luz: el problema de la determinación del nivel de empleo y, por tanto, el de las causas del desempleo. Como es sabido el marginalismo explica el desempleo como un fenómeno propio del mercado de trabajo. En condiciones de equilibrio se registra plena ocupación pues las curvas de oferta y demanda de trabajo que reflejan los planes óptimos de cada individuo se cruzan en ese punto. El desempleo traducido al lenguaje del marginalismo es un simple exceso de oferta en el mercado laboral, exceso llamado a desaparecer una vez que las fuerzas de mercado actúen plenamente. De ahí se sigue que un exceso de oferta persistente sólo puede tener su origen en alguna fuerza que actúa como traba al movimiento autorregulador, haciendo que el salario permanezca “artificialmente” por sobre el nivel correspondiente al de pleno empleo. La fuerza externa al mecanismo de mercado que resiste el ajuste del salario seguramente brota de la representación sindical de los obreros<sup>5</sup>. Desde la perspectiva neoclásica el mal del desempleo se cura bajando los salarios, es decir, quitando a los sindicatos del medio. El discurso que emana de esta teoría es que la responsabilidad del paro recae en los propios trabajadores. Keynes observa al respecto que

“Un economista clásico [neoclásico, AK] puede simpatizar con el obrero cuando éste se niega a aceptar una reducción de su salario monetario, y admitirá que puede no ser inteligente obligarle a sujetarse a condiciones transitorias; pero la integridad científica lo fuerza a declarar que esa negativa es, a pesar de todo, el motivo último de la dificultad.” (Keynes, 1936:26).

---

capital individual. Más adelante este movimiento se revierte y con él el grado de “intervención” directa del representante político del capital social, el estado.

<sup>4</sup> El desarrollo más detallado de esta exposición puede encontrarse en Kicillof, 2000a.

<sup>5</sup> Mientras el marginalismo toma esta interferencia como pasajera, o más bien la ignora, Keynes la registra en lo que Negri denomina su *intuición política temprana*: “los sindicatos son suficientemente fuertes como para interferir en el libre juego de las fuerzas de la oferta y la demanda” (Keynes, 1925, traducción AK). Años más tarde, cuando redacta la Teoría General, toma a la intervención sindical como la forma habitual de fijación del salario nominal.

Al separarse de la interpretación marginalista Keynes realiza su primer salto al vacío. Antes que nada reconoce que el sujeto relevante para la fijación del salario no es el obrero individual guiado por sus preferencias entre ocio y trabajo ni tampoco un agente cuyo comportamiento se derive de la sumatoria mecánica de los patrones de comportamiento individuales. Tampoco un vendedor monopolista, un cartel o un trust. El sujeto de análisis es un sujeto colectivo, un sujeto cuyas preferencias la teoría ni se atreve a modelizar.

Una vez reconocida la entidad del representante político de la clase obrera, Keynes procede a sacarlo presurosamente de la escena. Los sindicatos están en condiciones de acordar en la negociación directa con sus patronos el nivel del salario nominal, pero la variable relevante para el proceso económico no es esa sino el salario real, sobre el que los trabajadores no tienen control alguno<sup>6</sup>. Aun si los obreros concedieran rebajas en sus salarios nominales, el salario real no se vería afectado. Un mercado en que los oferentes son impotentes para fijar el precio de sus mercancías no es en realidad un mercado. Del primer arranque se sigue el segundo: el mercado de trabajo deja de existir y con él la forma neoclásica para la determinación del nivel de empleo y el salario real. Nótese que la modificación no es menor para el sistema marginalista en donde todo el proceso económico se reduce al momento del mercado. Por otra parte ese mismo mecanismo cumplía importantes servicios apologéticos asegurando además del empleo completo un salario merecido y “justo”, al igualarlo a la contribución del obrero al producto físico y a sus preferencias.

A partir de aquí Keynes avanza en descubierto. Ni el obrero individual ni sus organizaciones tienen injerencia en la determinación del salario real que queda férreamente –en función del primer postulado clásico- atado al producto marginal del trabajo. En el corto plazo -la única situación que se analiza- todo incremento en el nivel de producto implica una caída en la productividad y, por tanto, un inevitable descenso

---

<sup>6</sup> La crítica más importante al segundo postulado clásico se basa en los argumentos de la propia escuela neoclásica, y no se basan en el hecho de que los obreros negocien colectivamente, sino que transcurre por otra vía. Una baja generalizada en los salarios reales reduce los costos unitarios y con ellos los precios de las mercancías. El salario real no sufre entonces modificación alguna pues salario nominal y precios se mueven en igual sentido. La lucha denodada por obtener incrementos salariales se convierte en manos de Keynes en una disputa entre distintas fracciones de la clase obrera por obtener una tajada mayor, es decir, proteger su salario real *relativo*.

del salario real unitario, más allá de la docilidad o resistencia de los trabajadores<sup>7</sup>. Con la caída del salario la masa de ganancia se incrementa.

Hasta aquí nada parece impedir el continuado crecimiento del producto (y el empleo), ya que para los capitalistas todo incremento de la producción trae consigo ganancias mayores. Producir más sería siempre un excelente negocio de no mediar la crítica de Keynes a la llamada ley de Say<sup>8</sup>. La oferta no crea su propia demanda, por lo que las ventas no están de modo alguno aseguradas para cualquier nivel de producción. En lugar de vender todo lo que producen, los empresarios se limitan a producir sólo lo que venden, hecho reflejado por el principio de la demanda efectiva.

Muchos intérpretes confundieron este énfasis en la demanda con una perspectiva subconsumista de la crisis, que no es la keynesiana. Según esa explicación el estancamiento es consecuencia de los bajos salarios que erosionan el nivel de consumo de las masas. La solución mágica a la crisis consiste en conseguir, mediante la confrontación, un incremento salarial generalizado (o una distribución más adecuada del ingreso)<sup>9</sup>. Para Keynes todo incremento en el producto ocasiona *una caída* en los salarios reales, es decir, en el consumo por obrero y en su bienestar material. Por otra parte el componente de la demanda que corresponde al consumo es una proporción fija del ingreso<sup>10</sup> (menor que la unidad), no manipulable mediante políticas salariales y que poco tiene que ver con el nivel total de producto. En efecto, la demanda de consumo está determinada de este modo, por lo que el verdadero motor para el crecimiento del empleo es la inversión, que debe cubrir la brecha abierta por el consumo para que un nivel dado de producción sea rentable.

---

<sup>7</sup> Aquí hay una diferencia con la interpretación de la llamada escuela autonomista. Si bien Keynes refleja el “poder” de la clase obrera en tanto registra a los sindicatos como una figura relevante, también es cierto que en el mundo keynesiano la acción de los sindicatos no tiene potencia alguna en cuanto a la determinación del poder adquisitivo del salario (y de la trabajo necesario y excedente).

<sup>8</sup> “En primer lugar, estas conclusiones pueden haberse aplicado al tipo de economía en que vivimos actualmente por falsa analogía con alguna de trueque, como la de Robinson Crusoe, en la cual los ingresos que los individuos consumen o retienen como resultado de su actividad productiva son, real y exclusivamente, la producción *en especie* resultante de dicha actividad.” (Keynes 1992: 29). Retomaremos más adelante esta crítica.

<sup>9</sup> Esta concepción, muy difundida por cierto, considera que es el consumo el que cierra el ciclo de la acumulación de capital. No es así. El salario y el nivel de consumo de los obreros están determinados por la acumulación de capital, y particularmente por el valor de la fuerza de trabajo que se corresponde con la materialidad misma del proceso productivo.

Cada volumen de demanda de inversión determina un nivel de producto y empleo. Es necesario ahora explicar la forma en la que se determina la cuantía de la inversión. Para el marginalismo el mercado de capitales, a través del juego entre la oferta de ahorro y la demanda de inversión, fija tanto el monto invertido como la tasa de interés de equilibrio. Nuevamente Keynes cuestiona esta descripción: tanto la oferta como la demanda neoclásicas presuponen un nivel de ingreso dado, pero a la vez es obvio que el desplazamiento de alguna de las curvas implica una modificación en la magnitud del producto. Esta vez el que se derrumba es el mercado neoclásico de capitales, dejando el campo abierto para una nueva teoría del interés y la inversión.

¿Cómo fijan los capitalistas el monto de la inversión? Lo hacen comparando la su rentabilidad futura, resumida en lo que Keynes llama eficiencia marginal del capital<sup>11</sup>, con la tasa de interés vigente. A medida que la inversión en un equipo de capital crece su eficiencia marginal decrece debido al incremento en su costo y a la presión a la baja sobre el precio de venta del producto correspondiente al aumento de la oferta. La inversión se detiene justamente cuando la eficiencia marginal se iguala con la tasa de interés.

El resultado más fabuloso de este pase de manos es que ahora la desocupación nada tiene que ver con la conducta de los obreros, sino que se dirime exclusivamente en la cabeza los capitalistas. Son ellos los que deben efectuar el cálculo del rendimiento futuro del capital, según sus proyecciones sobre las ventas futuras. Estas proyecciones, sin embargo, no tienen una base sólida.

“El hecho más destacado es lo extremadamente precario de las bases de conocimiento en que han de basarse nuestros cálculos de los rendimientos probables. Nuestro conocimiento de los factores que regirán el rendimiento de una inversión en los años venideros próximos es frecuentemente muy ligero y a menudo desdeñable. Si hemos de hablar con franqueza, tenemos que admitir que las bases de nuestro conocimiento para calcular el rendimiento probable de los diez años próximos de un ferrocarril, una mina de cobre, una fábrica textil, la clientela de una medicina patentada, una línea transatlántica de vapores o un edificio en la City de Londres, es muy limitado y a veces nulo” (Keynes, 1992: 149)

---

<sup>10</sup> Determinada por la “psicología de la comunidad” y reflejada en una propensión marginal a consumir bastante estable.

<sup>11</sup> La eficiencia marginal es la tasa de descuento que hace nulo el flujo de retornos futuros, una magnitud similar a la conocida tasa interna de retorno (TIR) financiera.

La caldera que mantiene en marcha al proceso económico se alimenta con un combustible poco confiable: las volátiles e infundadas expectativas de los capitalistas acerca del estado futuro de los negocios<sup>12</sup>. Keynes considera además que esta situación se ve particularmente agravada por la relativamente reciente generalización de la especulación bursátil, que terminó reemplazando al espíritu animal del *entrepreneur* característico de las primeras etapas del capitalismo. El cálculo fundado de la rentabilidad futura deja paso a los negocios en torno a las alzas y bajas en el valor de las acciones: “cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquél se realice mal” (Keynes 1992: 158).

La Teoría General termina por destruir así los viejos prejuicios contra la intervención del estado. Son los capitalistas –principales enemigos de esta intromisión–, no los obreros, los responsables últimos del desempleo que pone en jaque al sistema capitalista. En lugar de reclamar una caída de los salarios los empleadores deben ceder en sus convicciones librecambistas y, si ellos mismos no están dispuestos a arriesgar su capital, deben ceder el paso humildemente a la inversión pública.

“Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones” (Keynes, 1992: 164)

## **II.2. Dinero y capital**

Hasta aquí la exposición de Keynes trajo consigo profundos cambios en las conclusiones y recomendaciones de la teoría económica, pero lo hizo sin necesidad de cuestionar las categorías elementales, es decir, sin enfrentarse con los fundamentos del pensamiento marginalista. La estrategia expositiva de Keynes deja esta tarea para más adelante. En realidad, el cuestionamiento de la ley de Say apuntaba ya al corazón de la ficción neoclásica, que al representarse al proceso económico como un sistema de

---

<sup>12</sup> Keynes se ocupa de aclarar que lo incierto de las expectativas no se deriva únicamente de los errores de cálculo de los capitalistas, ni de su humor, sino que el futuro simplemente no puede conocerse con certeza.

intercambio instantáneo puede reducir el dinero a su función de medio de cambio pasando por alto su carácter de “portador de valor” (Keynes, 1992: 163).

Para dar consistencia a su teoría, Keynes no tiene otro camino que el enfrentarse a este dinero de naturaleza completamente ajena a la del simple “facilitador de transacciones” de la economía ortodoxa. El dinero sobrevive al proceso de cambio y conserva valor más allá del instante del mercado, es por eso que la oferta no asegura a través de la corriente de ingresos su propia demanda. La contradicción con la teoría neoclásica es sustancial, ya que para el marginalismo el valor no es un atributo inmanente de las mercancías sino simplemente la proporción en la que una cosa se cambia por otra según el estado circunstancial de la oferta y la demanda. Sobre esta base no hay forma de explicar la función de depósito de valor que tiene el dinero. La solución que encuentra Keynes a este intrínquilis es tan embrollada como ingeniosa (y, veremos también, estéril).

Para caracterizar al dinero Keynes identifica otros elementos que conservan valor más allá del intercambio. Los bienes durables y de capital que no se consumen en un solo período son también depósitos de valor. El problema se reduce entonces a definir el dinero como un bien de capital particular, es decir, a identificar aquello que “lo distingue de los otros bienes” de capital (Keynes 1992:222), ya que ambos tienen la misma cualidad de “ligar el presente con el futuro” (Keynes 1992: 134 y 220). La pregunta acerca del incremento de la producción de un período a otro fue lo que obligó a Keynes a preguntarse por los bienes que guardan valor, problemática que, como señalamos, queda por fuera del horizonte neoclásico.

La característica específica del dinero que más llama la atención desde la perspectiva de la Teoría General es su capacidad de engendrar la tasa de interés monetaria. La relevancia de la tasa de interés es clara: constituye el límite a la inversión de capital. En lugar de dilucidar la naturaleza del dinero para luego, recién entonces, preguntarse por el origen del interés, Keynes, al igual el hombre común, observa que el dinero rinde interés, genera riqueza, y se entrega alegremente a esta apariencia, que toma por natural y obvia. En la Teoría General el dinero es dinero porque rinde interés,

cuando es justamente al revés, el dinero rinde interés porque es dinero, es decir, una forma del capital<sup>13</sup>. (Kicillof, 2000a).

Luego de afirmar que sólo el dinero genera interés, se explica que en realidad todos los bienes durables tienen su propia tasa “en términos de ellos mismos”: hay una tasa-cobre de interés, una tasa-planta-de-acero de interés, y así de seguido. Cada una de estas tasas de interés surge de la combinación de tres atributos: rendimiento del bien, costo de almacenamiento y liquidez. De todas ellas la única relevante para el caso del dinero es la última. Si el dinero es ahora igual a todo bien durable, en tanto todos ellos poseen su propia tasa de interés, lo que lo distingue es que la tasa de interés monetaria es la mayor de todas, o más bien, la que mayor resistencia ofrece a descender a medida que se incrementa la producción. Keynes observa que esta resistencia proviene de dos fuentes propias de la naturaleza del dinero: tanto su elasticidad de producción como su elasticidad de sustitución son nulas o cercanas a cero. La primera implica que “los privados no pueden producirlo mediante el trabajo”, la segunda que “su valor de uso deriva únicamente de su valor de cambio ... es un sumidero sin fondo para el poder de compra”.

El estrepitoso fracaso de Keynes para introducir el dinero mediante sus diferencias con los demás bienes durables se pone en evidencia cuando se ve obligado a recurrir a una burda circularidad: el dinero *se comporta* como dinero porque *es* dinero. Se limita a balbucear algunas explicaciones de matriz clásica, que culminan en que la demanda de dinero no se agota nunca precisamente porque todos desean tener dinero. Lo que Keynes no puede explicar es de dónde le brota al dinero su capacidad de encarnar y retener valor, lo que por cierto es imposible sin romper con los fundamentos neoclásicos que directamente niegan la existencia de toda determinación de valor por detrás de su existencia fenoménica como precio de mercado<sup>14</sup>.

Más allá de sus contradicciones el mismo desarrollo teórico enfrenta necesariamente a Keynes con esta capacidad de los bienes durables y del dinero de

---

<sup>13</sup> Esta apariencia, no obstante, es una de las tantas “ilusiones reales” que produce el régimen capitalista de producción. “El dinero tienen la virtud de crear valor, de arrojar interés, lo mismo que el peral tienen la virtud de dar peras... La capacidad del dinero de valorizar su propio valor independientemente de la reproducción, [es] la mistificación capitalista en su forma más descarada” (Marx, 1992: TIII, 374)

conservar valor. El propio impulso de la investigación conduce necesariamente a la pregunta acerca de la fuente de este valor.

Según las máximas marginalistas en las que fue formado en el largo plazo el precio de las mercancías se iguala a la suma de los costos de producción, determinados en última instancia por la productividad marginal de los factores que a su vez es idéntica a la retribución de cada uno de ellos. La retribución del capital, el interés, debería igualarse a su producto marginal físico y así participar como uno de los componentes del costo y del precio de largo plazo. Esta relación de igualdad entre interés y productividad física del capital es a la vez la piedra fundamental de la teoría de la distribución que afirma que la totalidad del producto se reparte entre los factores según su aporte a la producción.

Sin embargo la Teoría General cuestionó la igualación entre tasa de interés y producto marginal del capital. La tasa de interés es un fenómeno meramente monetario que surge de la relación entre la oferta estatal de dinero y el deseo de la gente de conservar efectivo líquido (su preferencia por la liquidez). El rendimiento del capital, por su parte, no proviene de su aporte físico al producto, sino que se mide mediante su eficiencia marginal, es decir, su rendimiento probable determinado por el costo y las expectativas de ingresos futuros. En este contexto no puede de modo alguno afirmarse que el capital sea “productivo” (Keynes 1992: 190). Así el capital pierde su estatus de factor de la producción que contribuye al precio del producto mediante su aporte de “valor”. De ahí que Keynes llegue a una conclusión asombrosa y a la vez indignante para cualquier representante de la escuela marginalista: el “valor” no puede provenir de otra fuente que no sea el trabajo.

“Por eso simpatizo con la doctrina preclásica [clásica, AK] de que todo es *producido* por el *trabajo*, ayudado por lo que acostumbraba llamarse arte y ahora llamamos técnica, por los recursos naturales libres o que cuestan renta, según su escasez o abundancia, y por los resultados del trabajo pasado, incorporado en los bienes que también tienen precio de acuerdo a su escasez o con su abundancia. Es preferible considerar al trabajo .... como el único factor de producción.” (Keynes 1992: 191)

---

<sup>14</sup> El análisis crítico nos revela que el dinero es la forma independiente de existencia del valor de las mercancías.

A pesar de ser producto únicamente del trabajo los bienes no se intercambian únicamente en proporción a la cantidad de su sustancia creadora. Puede ocurrir que al no ser producidos en cantidad suficiente la escasez incremente su precio por sobre este “valor” original. Este adicional en el precio es una “renta” para el vendedor de la mercancía escasa en cuestión. “Hay toda clase de razones por las cuales varias clases de servicios y facilidades son escasos y, por tanto, caros, relativamente a la cantidad de trabajo que suponen” (Keynes, 1992: 192).

Podemos reconstruir ahora la teoría del empleo desplegada en la primera parte de la obra, pero en término de estas categorías elementales. El nivel de producto está condicionado por la magnitud de la inversión en bienes de capital, demanda efectiva mediante. Los capitalistas sólo producen bienes durables en tanto su rentabilidad esperada (eficiencia marginal) sea superior a la tasa de interés monetaria. La traba a la expansión de la producción es justamente esta: la inversión adicional hace disminuir la eficiencia marginal del capital pero esta no puede descender por debajo de la tasa de interés con la que compete, y que siempre será elevada debido a las características mencionadas del dinero. Por tanto los bienes de capital son estructuralmente escasos, de ahí que sean siempre caros con respecto al trabajo que contienen y de ahí que generen renta bajo la forma de beneficios futuros mayores que el costo de adquisición. Esta es la causa primera de todos los males de la sociedad actual. Por otra parte, para la teoría neoclásica la tasa de interés es una retribución justa a capitalista, ya que expresa en términos monetarios su aporte al proceso de producción material en tanto se iguala a su producto marginal físico. Si no existe conexión alguna entre el rendimiento físico del capital y la tasa de interés, no hay razón para que su propietario reciba una retribución especial.

La propuesta de Keynes se limitaba antes a una intervención parcial y puntual del estado con el sólo objetivo de alivianar la plaga del desempleo. Por qué detenerse en ese punto, si pueden eliminarse de cuajo todas las desgracias del capitalismo acabando con la escasez de los bienes de capital a través de la adecuada intervención del estado.

“Supongamos que se toman medidas para asegurar que la tasa de interés corresponda a la de inversión propia de la ocupación plena... En tales supuestos, diría que una comunidad dirigida convenientemente y equipada con recursos técnicos modernos, cuya población no crezca rápidamente, debería ser capaz de reducir la eficiencia marginal del capital, en estado de

equilibrio, aproximadamente a cero en una sola generación; de tal manera que alcanzáramos las condiciones de una comunidad cuasi-estacionaria, en la que los cambios y el progreso resultarían únicamente de modificación en la técnica, los gustos, la población y las instituciones, vendiéndose los productos del capital a un precio proporcionado al trabajo, etc., incorporados en ellos” (Keynes, 1992: 196)

Fenecida la tasa de interés muere también el rendimiento del capital y la acumulación pierde su sentido. Es el sueño más anhelado de un conservador. Los bienes de capital dejan de ser escasos, la superabundancia lleva a cero su rendimiento y la única norma que regula su precio pasa a ser la cantidad de trabajo empleado en producirlos. Es para Keynes la sociedad perfecta. Subsisten las clases sociales, el trabajo asalariado, la propiedad privada, el lucro moderado. Pero quedan eliminados el desempleo, la especulación, la “renta” espuria. Conservando el carácter capitalista de la forma social pero terminando con sus inocultables penurias, “la virtud recobraría su dominio” (Keynes, 1992: 106). El capital dejó de engendrar ganancias adicionales, dejó de ser fuente de rentabilidad. Llegado este punto Keynes puede exclamar: ¡el Capital ha muerto, viva el Capital! Es propiamente un capitalismo de puras mercancías, un capitalismo sin acumulación, un capitalismo sin capital.

“Si estoy en lo justo al suponer que es relativamente fácil hacer que los artículos de capital sean tan abundantes que la eficiencia marginal del capital sea cero, éste puede ser el camino más sensato para liberarse gradualmente de muchas de las características objetables del capitalismo; porque un poco de reflexión mostrará los enormes cambios sociales que resultarían con la desaparición gradual de la tasa de rendimiento sobre la riqueza acumulada. Cualquiera persona podría aún guardar su ingreso ganado con la intención de gastarlo en una fecha posterior; pero su acumulación no crecería... Aunque desaparecería el rentista, todavía habría lugar, sin embargo, para la empresa y la habilidad en el cálculo de los rendimientos probables acerca de los cuales las opiniones pudieran diferir” (Keynes, 1992: 197)

El carácter utópico de esta construcción salta a la vista. Sin embargo creemos haber mostrado de qué modo la parte más oscura de la obra de Keynes guarda una relación coherente y necesaria con su posición más difundida por ser fácilmente digerible para la ortodoxia. También queda de manifiesto que el origen de estas ilusiones está justamente en su representación invertida de la naturaleza de la sociedad capitalista, concepción que pasa desapercibida en los primeros capítulos para mostrarse a plena luz

recién cuando la exposición debe enfrentar las formas más simples: la mercancía, el dinero y el capital.

La crítica a esta posición ilusoria coincide con la que le cabe a las distintas expresiones del socialismo utópico. Al posarse en la superficie de la sociedad burguesa toman por naturales y eternas las formas sociales que a ella corresponden. Pasan así por alto aquello que hay de específico en la forma mercancía, ignorando que su desarrollo conduce necesariamente a la forma dinero, a la forma capital, etc. (Marx, 1992, p.45). No son formas moldeables *a piacere*, intercambiables y descartables. Se cae entonces en la ilusión que confía en que las miserias del régimen capitalista de producción son simples contingencias transitorias, relativamente sencillas de subsanar por medio de certeros ajustes. En general confían también en que esas reformas serán llevadas adelante por el estado. Consideran al estado una figura que se encuentra por fuera y por encima del proceso de acumulación de capital, lo toman por la realización plena del bienestar general cuando se trata nada más y nada menos que del representante político del capital social.

Lo que impulsa a Keynes a este desarrollo es, antes que nada, su confesado pánico ante la inminencia de una revolución similar a la de Octubre del 17. Este temor sobrevuela, como un fantasma, toda la obra.

“No se aboga francamente por un sistema de socialismo de estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción la que le conviene al estado asumir... Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad” (Keynes, 1992: 333)

La urgencia es mucha, y la paciencia de los trabajadores poca. Al igual que el socialismo utópico sus propuestas se basan en la defensa de una abstracta libertad.

“los sistemas de los estados totalitarios de la actualidad parecen resolver el problema de la desocupación a expensas de la eficacia y la libertad. En verdad el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que, aparte de breves intervalos de excitación, va unida –en mi opinión inevitablemente- al capitalismo individualista de estos tiempos; pero puede ser posible que la enfermedad se cure por medio de un análisis adecuado del problema, conservando al mismo tiempo la eficiencia y la libertad” (Keynes, 1992: 335)

Esta libertad que es elevada a la categoría de valor eterno, de derecho inalienable del hombre, tal como fue promulgado por la revolución burguesa de 1889 no es más que la limitada libertad propia del régimen capitalista, la libertad propia de los poseedores de mercancías. Es la restringida libertad de comprar y vender. Bajo esa apariencia se esconde en realidad la forma más general de la dominación en la que los hombres son servidores no de otros hombres sino del producto material de su trabajo, de cosas bajo cuyo control se encuentran.

### **III. El tramposo divorcio entre Micro y Macroeconomía.**

Según el autor de la Teoría General, más allá de todas sus críticas circunstanciales, la falla teórica más profunda del marginalismo podía señalarse en la errónea separación entre la teoría de la oferta y la demanda, a la que llama en algunas circunstancias “teoría del valor”, de la teoría del dinero. La confianza en la ley de Say reposaba justamente en esta fractura.

“Mientras los economistas se ocupan de lo que se llama teoría del valor han acostumbrado a enseñar que los precios están regidos por las condiciones de la oferta y la demanda; habiendo desempeñado papel prominente, en particular, los cambios en el costo marginal y en la elasticidad de la oferta en períodos cortos. Pero cuando pasan, en el Libro II, o más frecuentemente en otra obra, a la teoría del dinero y de los precios, ya no oímos hablar más de estos conceptos familiares pero inteligibles y nos trasladamos a un mundo donde los precios están gobernados por la cantidad de dinero, por su velocidad – ingreso, por la velocidad de circulación relativamente al volumen de transacciones, por el atesoramiento, por el ahorro forzado, por la inflación y la deflación et hoc genus omne; y se hace muy poco esfuerzo, o bien ninguno, para ligar estas frases más vagas con nuestras ideas anteriores de las elasticidades de oferta y demanda.” (Keynes, 1992: 260)

Keynes pretende haber acabado con esta “separación falsa”, con esta “doble vida”. Mostramos aquí como su intenton de reconciliar al dinero con la oferta y la demanda desemboca en un verdadero fiasco. Sin embargo es cierto que después de la crítica de Keynes el marginalismo estaba obligado a revisar todo su esquema anterior. Más allá de las limitaciones señaladas, Keynes pone de manifiesto la debilidad de la teoría de la oferta y la demanda marginalista, que requiere un dinero degradado e irreal, un mero medio de cambio apto para resolver el intercambio instantáneo. Pero ni bien

hace su aparición como depósito de valor la operación de compra venta se desdobra en dos, mercancía por dinero, dinero por mercancía. El dinero tiene que poseer un valor que exista por fuera de la operación de cambio de mercancías. En términos de la teoría marginalista esta intromisión es mortal: si acepta al dinero debe desecharse el resto de la teoría. Sin dinero, por otra parte, no puede encararse el análisis del proceso de acumulación del capital. Ante este dilema Keynes se ve forzado a optar por el segundo camino, enfrentándose inevitablemente con el problema del valor autonomizado. En otras palabras: poco puede decirse de la acumulación sin comprender que la determinación más general del capital es ser valor que se valoriza.

En lugar de denunciar y condenar a muerte las enseñanzas heredada, Keynes, por así decirlo, les perdona la vida ofreciendo una opción de convivencia pacífica en la mutua indiferencia. Su propuesta es sencilla. La discusión acerca del proceso de acumulación de capital en su conjunto, de los movimientos del capital social, tomará cuerpo en una rama separada de la disciplina: la macroeconomía. Mientras tanto la economía marginalista podrá seguir imaginando su intercambio puro sin dinero en el terreno de la Microeconomía, construyendo sus mundos en que ni el tiempo ni la acumulación existen, en que los recursos se emplean plenamente y en que el comportamiento del individuo todo lo explica.

“La división de la economía en teoría del valor y la distribución por una parte y teoría del dinero por la otra, es, en mi opinión, una separación falsa. Sugiero que la dicotomía correcta es entre la teoría de la industria o firma individual y las remuneraciones y distribución de una cantidad *dada* de recursos entre diversos usos por una parte y la teoría de la producción y la ocupación *en conjunto* por otra. Es verdad que mientras nos limitemos al estudio de la industria o firma individual, suponiendo que la cantidad total de recursos es constante y, provisionalmente, que las condiciones de otras industrias o firmas no han cambiado, nos estaremos refiriendo a las características importantes del dinero. Pero tan pronto como pasemos al problema de la determinación de la producción y la ocupación en conjunto, necesitaríamos la teoría completa de una economía monetaria.” (Keynes, 1992: 260)

De todas las ideas de Keynes, tal vez sea esta la que se impuso con mayor fidelidad. El marginalismo adoptó la división y la grabó en mármol durante la época de auge de la síntesis neoclásica en la posguerra. Se trata de una forma elegante de resolver el problema práctico de la gestión del capital social sin tener que preocuparse por los

fundamentos teóricos de la disciplina, es decir, ocultando sus propias deficiencias. Esta separación se ha impuesto como si fuera obvia llegando incluso a conquistar los programas de investigación de las corrientes de pensamiento no marginalistas. Discutir hoy esta separación es poco menos que un sacrilegio.

Más adelante, pasado el auge de la intervención estatal, en épocas de retroceso del salario, se puso en el centro de la escena la búsqueda de la piedra filosofal: los fundamentos microeconómicos de la macroeconomía. Podemos asegurar que esa cacería será en vano. Esta búsqueda desembocó más bien en el abandono definitivo de la macroeconomía de inspiración keynesiana.

La exposición científica que arranca de las categorías más abstractas para elevarse al todo concreto no requiere de esta artificial división. Pero para hallar la conexión interna necesaria entre las categorías es menester reconocer la forma de valor que asume el producto del trabajo humano en una sociedad en la que el trabajo social existe como trabajo privado independiente, es decir, dar cuenta del carácter de valor, de la cristalización de trabajo humano abstracto en la mercancía.

## Bibliografía

- Aglietta, M. (1991) *Regulación y crisis del capitalismo*, siglo XXI editores, Madrid.
- Asimakopulos, A. (1991) *Keynes's general theory and accumulation*, Cambridge University Press, Cambridge
- Clarke, S. (1988) *Keynesianism, Monetarism, and the Crisis of the State*, Edward Elgar, Aldershot.
- Cheek, V. (1991) *Macroeconomics after Keynes. A reconsideration of the General Theory*, MIT Press, Cambridge.
- De Angelis, M. (1997a) "Social Relations and the Keynesian Multiplier"
- De Angelis, M. (1997b) "Class Struggle and Economics: the Case of Keynesianism", *Research in Political Economy*, Vol. 16.
- Hicks, J. (1937) "Mr. Keynes and the classics: a suggested interpretation", *Econometrica*.
- Hirsch, J. (1991), 'Fordism and Post-Fordism: The Present Social Crisis and its Consequences', en Werner Bonefeld and John Holloway (eds) *Post-Fordism & Social From: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London.
- Holloway, J. (1991) 'The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle' in Werner Bonefeld and John Holloway (eds) *Post-Fordism & Social From: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London.
- Holloway, J. "The Abyss is open: The raise and fall of keynesianism"
- Iñigo, J. (2000a) "Estado intervencionista y estado neoliberal: dos formas concretas de la misma especificidad del proceso argentino de acumulación de capital", CICP, Buenos Aires.
- Iñigo, J. (2000b) "The historical reason of existence of the capitalist mode of production and the determination of the working-class as a revolutionary subject", *presentado en el I Congreso to the First Electronic Congress on the Updating of Das Kapital*, [http://: www.aper.net/ceplad/daskapital](http://www.aper.net/ceplad/daskapital).

- Keynes, J. M. (1925) *Am I a liberal?*,
- Keynes, J. M. (1992) *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Kicillof, A. (2000a) *Tres Keynes en la Teoría General*, Documento CEPLAD, Buenos Aires.
- Kicillof, A. (2000b) “La controversia de la especificidad”, presentado en I Congreso Electrónico sobre la Actualización de Das Kapital, [www.aper.net/ceplad/daskapital](http://www.aper.net/ceplad/daskapital).
- Leijonhufvud, A (1976) *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana. Un estudio de teoría monetaria*, Ed. Vincent – Vives, Barcelona,
- Levín, Pablo (1995) *El capital tecnológico*. Catálogos. Buenos Aires.
- Marshall, A. (1961) *Principles of economics*, Macmillan, London
- Marx, C. (1989a) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857~1858*, Siglo veintiuno editores, México DF.
- Marx, C. (1989b) *Teorías sobre la plusvalía*, Fondo de Cultura Económica, México DF.
- Marx, C. (1992) *El Capital. Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, DF.
- Marx, C. (1997) *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Madrid.
- Marx, C. (1999) *The Poverty of Philosophy. Answer to the Philosophy of Poverty by M. Proudhon*, Online Version: mea 1993; Marx/Engels Internet Archive ([marxists.org](http://marxists.org)).
- Marx, C. y Engels, F. (1985), *La ideología alemana*, Ediciones pueblos Unidos, Buenos Aires.
- Negri, A (1994), “Keynes and the Capitalist Theory of the State”, en M. Hardt y T. Negri, *Labour of Dionysus. A Critique of the State-Form*, University of Minnesota Press, 1994.
- Ricardo, D. (1993), *Principios de economía política y tributación*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rubin, I.I. (1990). *Essays on Marx's Theory of Value*, Black Rose Books, Québec.

Smith, A. (1987) *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México D.C.